

Homilía de II Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Este es mi Hijo amado; escuchadlo”

Introducción

Este domingo es el domingo en el que el texto evangélico nos muestra el episodio de la Transfiguración. No existe cuaresma sin transfiguración. Es decir: sin que en medio de la reflexión sobre la debilidad moral humana, y lo que le va a costar a Jesús esa debilidad, la muerte, hacia la que la Cuaresma avanza, no se recuerde en uno de sus domingos la glorificación momentánea de Jesús: cómo el Padre está de parte de él, aunque no lo estén los hombres. Así queda anunciado que el fin no es la muerte que le infligirán los hombres, sino la gloria –ya definitiva- que el Padre le otorgó.

La primera lectura, sin embargo impresiona. Impresiona por su dureza: Dios pidiendo que un padre le sacrifique a su hijo. Lo que sucede en ese monte no tiene nada que ver con lo que sucede en la “montaña alta” a la que sube Jesús con Pedro, Santiago y Juan. Precisamente en la antífona de entrada se recuerda lo que proclama el salmo 24 “Recuerda Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas”. Ternura que parece faltar en la petición que Yahvé hace a Abraham. El autor del relato no podía expresar con más fuerza algo fundamental en la fe judía: lo único absoluto es Dios. El Dios que premia exige, lo exige todo. Porque todo se lo debe Él Abraham, el ser humano.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 22, 1-2. 9-13. 15-18

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «¡Abrahán!». Él respondió: «Aquí estoy». Dios dijo: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré». Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña. Entonces Abrahán alargó la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!». Él contestó: «Aquí estoy». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo». Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. El ángel del Señor llamó a Abrahán por segunda vez desde el cielo y le dijo: «Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de sus enemigos. Todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi voz».

Salmo

Salmo 115, 10 y 15. 16-17. 18-19 R./ Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos

Tenía fe, aun cuando dije: «¡Qué desgraciado soy!». Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. R/. Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. R/. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo, en el atrio de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 31b-34

Hermanos: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros?

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 9, 2-10

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, subió aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra

para Elías». No sabía qué decir, pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo». De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban del monte, les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos.

Pautas para la homilía

Dios promete y exige

De Dios depende que se realice la promesa de que Abrahán sea padre de un pueblo numeroso, para lo que Dios había concedido milagrosamente a Abrahán y Sara el hijo Isaac. Éste sería quien realizaría la promesa de que Abrahán sería padre de un gran pueblo, “por Isaac será conocida tu descendencia” Ese mismo Dios exige a Abrahán la vida de ese hijo antes de engendrar descendencia y con ello la imposibilidad de que se cumpla la promesa. Es el modo del autor del relato para mostrar que la paternidad sobre un gran pueblo no depende sólo de la paternidad biológica humana, sino de que Dios sea su Padre. (Pero a la vez el episodio es un alegato en contra de los sacrificios humanos que pueblos contemporáneos de Israel realizaban. El Dios de Israel, aunque sea dueño de toda vida, nunca consentirá que se realicen esos sacrificios. Como dice el texto: la petición de Yahvé es sólo para probar a Abrahán).

Esto sólo se puede aceptar desde la fe.

Para aceptar eso es necesario tener una fe, una confianza absoluta en Dios. Poder decir como escuchamos en la segunda lectura: “si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?”. Por eso Abrahán ha pasado a la historia de la salvación como el hombre de fe profunda, de confianza absoluta en Dios, que le sacó de su fértil tierra, de estar con los suyos; y además, en un momento dado, le pide hasta su mismo hijo y él se lo entrega.

El episodio tiene una dimensión profética

El autor humano del texto no lo podía prever, pero existe en una dimensión profética en el relato: en un momento dado Dios Padre ofrecerá a su hijo a los seres humanos, lo pondrá en sus manos. Estos sí acabarán con su vida. Algunos de ellos creyendo que hacían un servicio a Dios. Pero la fidelidad de su Hijo al proyecto del Padre, fidelidad cargada de amor, generará la generación de hijos de Dios.

En otro monte la Transfiguración

En otro monte la otra cara de la moneda. La transfiguración. La gloria de Jesús. Jesús no vino a ser glorificado por los seres humanos. Él había superado en el desierto la tentación de hacer de su misión un éxito popular generalizado. No buscaba coronas de gloria. Pero el camino hacia Jerusalén, el proceso de su misión, es duro. Si no él, si sus allegados más próximos necesitan recobrar fuerzas, mantener la esperanza. Por eso Jesús les ofrece la oportunidad de ver cómo las grandes figuras de su religión, Moisés y Elías, están con él; y sobre todo la de poder escuchar que el Jesús, contestado en diversos lugares de la geografía de su país, tiene de su parte a Dios: “este es mi Hijo muy amado, escuchadlo”.

Necesitamos momentos de gloria, pero no abandonarnos a las sensaciones placenteras.

Es necesario ese momento de gloria, para que el camino no sea duro, monótono hasta perder el horizonte hacia donde avanzamos. Momento para recobrar fuerzas. No para asentarnos en la montaña, como que quería Pedro. Es necesario bajar al quehacer diario, a los encuentros diarios, que no son siempre con quien nos aplaude, nos comprende. Es necesario afrontar lo duro del caminar que exige nuestra fe. Siempre con la esperanza de que Dios está de nuestra parte, como estaba de parte de Jesús.

Ese es el camino de Jesús

Jesús ha de enfrentarse, no a las grandes figuras de la tradición judía, sino a los responsables de esa religión de su tiempo. Ha de vivir no en la gloria del Tabor, sino pisando los duros y polvorientos caminos de Galilea y Judea. Dios entregó a su hijo a los hombres y mujeres de un momento concreto de la historia. Y Él, que podía librarlo de la muerte, como dice la Escritura, no lo hizo, lo dejó en manos humanas a todos los efectos. Y sabemos que la decisión de éstos no fue la de Dios cuando Abrahán estaba dispuesto a sacrificar a su hijo: ellos, los hombres, culminaron el sacrificio.

Sintamos hoy la gloria de la Transfiguración. Cristo, cuyos pasos debemos seguir, es el Hijo amadísimo de Dios, se expuso, por ser hombre, a las decisiones humanas; pero Dios lo resucitó, y está presente entre nosotros, para animarnos en nuestro caminar. Sobre todo hagamos caso a la voz de lo alto: “escuchémoslo”, a través de la catequesis cuaresmal que domingo a domingo -día a día – nos ofrece la Iglesia.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Evangelio para niños

II Domingo de Cuaresma - 4 de marzo de 2012



Transfiguración del Señor

Marcos 9, 1-9

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: - Maestro. ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Estaban asustados, y no sabían lo que decían. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: - Este es mi Hijo amado; escuchadlo. De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos.

Explicación

Un día Jesús compartió con sus amigos un secreto y les dijo que después de morir vencería a la muerte y resucitaría. Esto se lo manifestó para darles ánimos, de tal modo que cuando le vieran morir en la cruz no perdieran la esperanza del todo y recordaran lo del monte Tabor, cuando él se les apareció revestido de luz.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

APÓSTOL 1: Maestro, ¿dónde vamos? Por aquí no hay ningún pueblo.

APÓSTOL 2: El camino es cada vez más difícil. Estamos muy cansados.

APÓSTOL 1: ¡Tengo los pies hechos polvo!

APÓSTOL 2: ¡Yo no puedo dar un paso más!

JESÚS: Está bien, podéis descansar en la fuente que hemos dejado hace un momento.

APÓSTOL 1: Gracias, Maestro. Y tú ¿qué vas a hacer?

JESÚS: Voy a subir a ese monte de ahí.

APÓSTOL 2: ¡Está muy lejos! Tardarás más de cuatro horas.

JESÚS: No importa. Pedro, Santiago, Juan... ¿queréis subir conmigo?

APÓSTOL 1: ¡Vale, Maestro! Hace tiempo que no subo al Tabor.

APÓSTOL 2: Será una buena caminata. ¡No perdamos tiempo!

APÓSTOL 1: Desde luego. ¡Vamos ya!

JESÚS: Vosotros esperadnos en la fuente.

APÓSTOL 1: Está bien, pero no os canséis demasiado.

APÓSTOL 2: Amigos, vamos a la fuente.

APÓSTOL 1: ¡Vaya subida...! Ya no me acordaba... Ha sido difícil, ¿eh?

APÓSTOL 2: Estoy tan cansado que me voy a tumbar a echar un sueñecito.

APÓSTOL 1: Yo también. No sé cómo el Maestro puede aguantar tanto.

JESÚS: Descansad un rato. Voy a rezar un poco más arriba. ¡Moisés, Elías, bienvenidos!

MOISÉS: ¡Hola, Jesús! ¿Cómo te va por la tierra?

JESÚS: Regular, a veces es difícil cumplir la voluntad del Padre.

ELÍAS: Pero sabes que te quiere y que siempre está contigo.

APÓSTOL 1: Maestro. ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.

APÓSTOL 2: ¡Pedro, Pedro, ven! ¡No sabes lo que dices!

Voz en OFF: Éste es mi Hijo amado, escuchadlo.

JESÚS: Bajemos ya, los otros nos esperan.

APÓSTOL 1: ¡Anda que cuando les contemos lo que hemos visto!

JESÚS: ¡No! No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández